

Competitividad y democracia

“Competitividad” es la capacidad para derrotar en el mercado a alguien que vende lo mismo. En las economías de mercado, la competitividad se constituye en un principio incontestable porque la propia supervivencia depende de la destrucción del adversario. Cuando la viabilidad de una empresa se ve amenazada, la gerencia necesita aumentar la productividad y reducir costes sea como sea. Si consigue mejorar su competitividad y derrota a sus competidores, retroalimenta una espiral de violencia competitiva. El único fundamento de dicha espiral es la producción por la producción y el beneficio por el beneficio, haciendo caso omiso de la economía, la naturaleza y la sociedad.

La ideología empresarial proclama la competitividad como el mejor medio para conseguir creación de empleo, bienestar social, seguridad, progreso y derechos humanos. Pero estos propósitos, mediados por la libertad de movimientos del capital y administrados por los más fuertes, se convierten en todo lo contrario: inseguridad, exclusión, guerras y catástrofes climáticas, sanitarias, alimentarias y nucleares.

La competitividad es una derivada de la productividad para producir más cantidad con más calidad y menor precio. A simple vista beneficia, tanto al desarrollo económico como a empresarios, trabajadores y consumidores. Pero, en la economía de mercado global, las ganancias en productividad no están asociadas a bienes y servicios útiles para todos sino a la explotación del trabajo, los superbeneficios de las multinacionales, el tráfico de influencias y el incumplimiento de las leyes laborales y medioambientales.

La economía, sometida a la lógica del mercado, no sirve para producir lo que la gente necesita sino beneficio al capital. Los desmanes sociales y ecológicos asociados a la competitividad se justifican como la única alternativa para no destruir puestos de trabajo. Sin embargo, la experiencia demuestra que, tras haber deteriorado las condiciones laborales, se acaban destruyendo igualmente. Lejos de representar una mejora para la mayoría, la competitividad es una falacia para imponer la voluntad de los poderosos a trabajador@s, pequeñas empresas e instituciones políticas. Los medios de comunicación, convertidos en auxiliares de la política de mercado, presentan esta trama antidemocrática como algo inevitable, una especie de “imperfección” estructural de la democracia que hay que aceptar ¡para defender a la propia democracia!.

La traición de los políticos de mercado a la causa democrática, produce un cierre sistémico: “Solo es deseable lo posible y solo es posible lo que existe, que es lo único real”. Este discurso aplastante se fundamenta en una doble imposición. Por un lado, la desigualdad aparece como algo inmodificable. Por otro, cualquier actividad social que pase de la queja al enfrentamiento es tachada de antidemocrática, haciéndose acreedora de una merecida represión.

Un juego de espejos semántico legaliza esta imposición. La inclusión “voluntaria” de la gente en esta degradación política, recibe el nombre de “madurez ciudadana”. A la traición de la izquierda se la llama “modernización” y los apologistas de este sistema se autodenominan “los demócratas”.

La competitividad, identificada con laboriosidad, innovación y progreso, aparece como una virtud. Pero, en realidad, constituye el peor de los vicios. En la economía de mercado la competitividad se impone con férrea necesidad y determina todas las relaciones sociales. Un empresario que decida producir lo que la gente necesita según una jerarquización ética de las necesidades, será destruido por la violencia competitiva del resto de empresarios y la hostilidad de los políticos de mercado, la izquierda capitalista y una clase trabajadora degradada por el consumismo.

La competitividad solo estimula la creatividad cuando median recompensas económicas o políticas. Cooperar para ser competitivos equivale a poner todas las energías individuales y sociales al servicio de una lógica inhumana. Dedicar el tesón, la inteligencia, el espíritu de sacrificio, la laboriosidad, la iniciativa y la responsabilidad para vender nuestros productos impidiendo que los vendan las empresas competidoras, nos pone al servicio de la explotación, el despido de otr@s trabajador@s y la destrucción de grandes recursos productivos. La competitividad somete el bien común y la economía a las fuerzas ciegas del egoísmo individualista y el mercado.

La competitividad promete la convergencia entre el interés individual y el interés general. Pero, en realidad, es sólo una falacia para que los de abajo luchemos entre nosotros, volviéndonos impotentes. La competitividad convierte en depredadores a los poderosos, pero también a todos los que desean vivir como los de arriba y persiguen la quimera de ser “triunfadores” en un océano de “perdedores”.

La izquierda, lejos de combatir esta catástrofe política y moral, asume la competitividad como condición para el bienestar, igual que lo hace la derecha. Al hacerlo manda un mensaje suicida a las mayorías sociales: ¡cada uno a lo suyo! La incorporación acrítica de la competitividad en el lenguaje de la izquierda contribuye a su doble lenguaje y su corrupción.

La lucha por la justicia, la paz y la seguridad no dependen de la competitividad sino de su contraria, la cooperación. La competitividad no es un instrumento para una vida social cooperativa y segura sino para la lucha de todos contra todos, a mayor gloria del capital. Al ser defendida por la izquierda con el mismo furor que la derecha, disuelve la dimensión de todas las actividades que toca.

La competitividad es incompatible con los derechos humanos, las libertades de los pueblos y los límites del mundo. La imposible conciliación de competitividad y bienestar social es el punto de no retorno en la “modernización” de la izquierda cómplice. Esta “conciliación” legitima todas las supercherías de la izquierda de mercado: “empleabilidad”, “flexiseguridad” y “pactos sociales” para salir de la crisis reformando el mercado de trabajo, las pensiones, la negociación colectiva y la protección al desempleo.

Las secuelas ideológicas de la coexistencia pacífica de la izquierda con la competitividad son demoledoras. Proporcionan al poder la capacidad de resolver a su favor tantas crisis como sean necesarias y desalientan la rebelión ciudadana frente a los abusos y las mentiras.

El acceso de masas a las nuevas tecnologías, otorga una imagen de cultura y libertad a una vida instalada en la ignorancia y la sumisión. La competitividad avanza destruyendo la cooperación y los vínculos comunitarios, transformando a personas sociales en individuos calculadores y oportunistas.

La competitividad, asumida por beneficiados y perjudicados, promueve deseos individualistas que construyen una sociabilidad antisocial. Múltiples actividades cooperativas en el deporte, la compasión, la cultura y la reivindicación, actúan como tapaderas de nuestra participación voluntaria en la violencia de un capitalismo cada vez más grande, libre y letal.